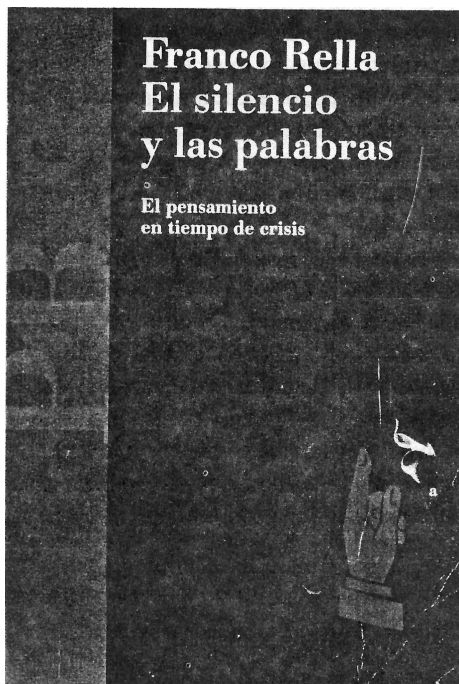


# El silencio y las palabras. El pensamiento en tiempos de crisis

**Franco Rella**

HomoSapiens Ediciones, Rosario,  
1998, 144 páginas.

Comentario de *Sergio Tonkonoff*



Hacia 1888 constataba Nietzsche uno de los rasgos decisivos de nuestro tiempo: "la vida ya no reside en la totalidad"<sup>1</sup>. Fragmentación, heterogeneidad, descentramiento, que implican tanto la muerte de la totalidad de la tradición como el nacimiento de la desesperación contemporánea. Lo moderno se presenta así como la ilimitada inconclusión de la vida que, en palabras de Nietzsche, se resuelve en una "anarquía de átomos" desarticulante de toda jerarquía de lo real y del discurso que debería conferirle un orden. Esta desarticulación de la totalidad quebranta irremediablemente el "gran estilo", que es visto desde esta perspectiva como la capacidad de la palabra de

Nietzsche, F. "El Caso Wagner", Alianza Ed. Bs. As. 1995

reducir el mundo a lo esencial y dominar la presencia de lo múltiple en una reseca unidad de significado.

Así nos enfrentamos a la "bancarrota" del "gran estilo" en el arte, y de la "palabra plena" en la filosofía, en tanto que estos constituirían, con su prepotente vocación unitaria, la pristina expresión de una época fundada en valores centrales. Un mundo en el que el sujeto se siente en unidad consigo mismo y con un real que se le presenta pletórico de significado. Un mundo donde cada ser parece contenido por un orden superior, iluminado por una cosmogonía que le confiere un lugar insustituible. Es que si la "palabra plena" ocupaba el espacio en el que los hombres equilibraban y resistían el sinsentido, "la muerte de Dios" anuncia la herida trágica de una exigencia de sentido imposible tanto de suprimir como de satisfacer. Pero esta tragedia cósmica, es sabido, señala aún más que el estallido de la casa del lenguaje. Con ella, el individuo moderno que se representaba a sí mismo como un continente macizo, descubre abismado su tensa condición de archipiélago. Con ella, el hombre "faústico" (ideal, universal y positivo) siente relajarse las conexiones de su identidad, y no puede ya ligar la realidad a la palabra. Con ella, hubo la conciencia de la extrema fragilidad y caducidad de la condición humana en un tiempo caracterizado por la imposibilidad de fundar valores. La nada, la locura, el silencio, amenazan y tientan ahora. También un, muy difundido en entre nosotros (los cultores de las ciencias sociales), "amor por el fragmento": luego de la explosión, una pasión de coleccionista por lo pequeño, pone de manifiesto la incapacidad de componer la experiencia de la crisis sobre un horizonte de sentido que la vuelva inteligible.

Una crisis fundante de la modernidad que el debate académico quiere circunscri-

bir tras el rótulo de "lo posmoderno": categoría que, al decir de Rella, es "la felicidad de los autores de manuales", ya que permite acomodar bajo una misma denominación a fenómenos en extremo diversos. "Si nosotros penetramos en lo moderno, -escribe- no descubrimos los discursos compactos que nos ha descrito Lyotard, ni siquiera las "formas" de las cuales nos habla Portoghesi, descubrimos en cambio una zona de apertura, de problemáticas tensas, de heterogeneidad."<sup>2</sup>

En *El silencio y las palabras*, Franco Rella logra emplazar su discurso entre los sinuosos confines tramados por la filosofía y la literatura. Y desde ese "territorio liminar" intenta ponderar las consecuencias de la crisis de la razón clásica, buscando vislumbrar lenguajes capaces de superar el "luto" y la "fascinación aurática" por el abismo, por la "alteridad pura y simple", a la que dicha crisis nos arroja insensiblemente. Es necesario, insiste Rella, construir una nueva relación del sujeto con el mundo y del sujeto consigo mismo. Es necesario, pues, atravesar los escombros arrojados por el estallido de la "palabra plena"; superar tanto la vocación por recomponer la totalidad perdida como su contracara: el silencio.

Es desde los fragmentos, entonces, desde lo frágil y lo caduco, desde lo escaso, que Rella, siguiendo a Freud y a Benjamin, se propone ir "del silencio a las palabras". Para ello ha de comenzar buceando entre los filones del llamado "pensamiento negativo". Pensamiento que recupera lo perecedero y lo instantáneo y lo opone a toda universalidad (en primer lugar la universa-

Rella, F.: "La arqueología de lo inmediato", entrevista realizada por M. Daguerre y G. Lupo, en *El debate modernidad/posmodernidad*, Casullo, N. (Comp.); El cielo por asalto, Bs. As. 1993

lidad del lenguaje, que fija y jerarquiza las cosas destruyendo su inmediatez) afirmando la existencia en su singularidad contra todo intento de trascenderla, contra todo sistema que pretenda disolverla en su construcción.

Privilegiando lo discontinuo y lo no integrable, el "pensamiento negativo" se afirma en la presencia del residuo irreducible, de la inconclusión, de la disimetría y la irreversibilidad. De este modo, el signo se descubre convencional y heterogéneo respecto de la vida, y se manifiesta el profundo hiato existente entre las palabras y las cosas, entre el sujeto y el mundo. De allí que pueda pensarse a sus representantes como "escritores de la perplejidad". Algunos de los convocados por Rella: Musil, Hofmannsthal, Krauss, Wittgenstein y, por supuesto, Nietzsche. Escritores (o más bien, escrituras) que intentan identificarse con el fluir fragmentario y centrífugo de las cosas, y que dudan, por ello, del signo y de su capacidad de unificar lo real. Una escritura, pues, que se rebela ante lo universal totalizante de la razón clásica.

Aquí la totalidad se encuentra ausente porque "ha muerto" el enlace que debería vincular las partes y participarlas de un conjunto. Y esta muerte de la totalidad implica también, y fundamentalmente, la ausencia de conexión al interior del sujeto: quien debería reconducir al mundo a la unidad se ve, en cambio, a sí mismo disgregado. De allí los peligros mayores a los que se ve expuesto este tipo de búsqueda: precipitarse en el abismo de la nada o intentar recomponer la totalidad de forma inmediata no ya a través de la palabra sino del silencio (un gran silencio como reflejo especular, negativo, de la palabra plena).

Frente a esto: "hacer cultivables los territorios en los que hasta ahora crece sólo la locura. Penetrar con el hacha afilada de la razón, sin mirar a diestro y a siniestro

para no caer presa del horror, que atrae desde el fondo de la selva primordial." He aquí el programa teórico y político de Benjamin, que Rella encuentra en consonancia con los últimos resultados del pensamiento freudiano y en contraposición a toda tentación apocalíptica abierta por la crisis.

Programa que, claro está, Rella hace suyo. Es preciso construir nuevos saberes, escribe, "...Freud expresa en su voluntad constructiva, en su operación de componer los fragmentos en una operación significativa, el momento de máxima resistencia a perderse en la maraña". Así Freud operaría desde la precariedad del presente. Desde la caducidad construiría una lógica capaz de evitar que las figuras creadas por el sueño de la razón se conviertan en pesadillas.

En la interpretación de Rella toda la obra de Freud se mueve en dirección aun nuevo "modelo de racionalidad crítica". Modelo que encuentra sus expresiones más acabadas a partir de 1919. Allí, para formular el tiempo de la repetición, la lógica del inconsciente y del conflicto, para producir palabras nuevas y nuevas representaciones del mundo, Freud debe afrontar "la caducidad" del tiempo presente, construir sus límites históricos superando la fascinación por la "palabra plena", sea esta positiva o negativa. Pero para ello es preciso abordar el territorio que se abre "más allá del principio de placer". Un territorio todavía inexplorado, acerca del cual sólo puede hacerse una especulación "harto extrema".

Benjamin, W.: *Das Passaaangewerk*, citado por Rella, F. "El silencio y las palabras. El pensamiento en tiempo de crisis" Paidós Ed. Barcelona, 1992.

\* Rella, F. Op. Cit. Pag. 149

Freud, S. "Más allá del principio de placer", Alianza Ed. Bs. As. 1994

Esta "especulación", constituye, sin embargo, el primer movimiento en la articulación de un saber que cuyo movimiento inicial consiste en consignar la "atemporalidad" del inconsciente.

La imagen del tiempo lineal y acumulativo de la razón clásica es incapaz de contener la representación de los procesos psíquicos, que obedecen a otra temporalidad. Incapaz de contener la "gran razón del cuerpo" de la que hablaba Zaratustra. Incapaz de dar cuenta de aquellos procesos sociales que han sido sobrepasados, vencidos, reprimidos, señalados por Benjamin. Para que estos puedan operar es necesario construir un saber que pueda manifestarlos, que pueda hablarlos. Una lógica que pueda dar cuenta de ellos trascendiendo la mera indicación de su aparecer sintomático. He aquí, pues, lo crucial del legado freudiano: el reconocimiento de que ambos tiempos (el tiempo lineal del hábito y el tiempo de la repetición del inconsciente) son inseparables. El descubrimiento, y la aceptación, de su tensión recíproca e irresoluble. La indicación de que, aunque la razón siempre ha buscado dominar la escena a través de formaciones reactivas y sustitutivas, toda formación es una formación de compromiso: contiene también lo que quiere negar.

El desarraigo que tal reconocimiento produce se encuentra ligado a la ruptura del principio de placer y obliga al sujeto a construir una relación diferente consigo mismo y con lo real. La propuesta de Freud busca así, rechazando el luto y la vocación de eternidad, reconocer la precariedad, la fragilidad de nuestros equilibrios psíquicos, culturales y sociales.

La emergencia de experiencias que quebrantan la "ley del hábito", todo aquello que desarraiga del principio de constancia, de la confianza en la continuidad lineal del tiempo, si puede ser "operado" por el análisis conduce a la construcción

de otro tiempo para el sujeto. Un tiempo que se construye a través de su pasado. Un "tiempo recobrado" que, constituyente de una dimensión temporal diferente, productivo de otra memoria, se articula sobre un conjunto en el cual se inscriben los eventos del pasado y del presente en una forma hasta entonces inexistente. Se transforma en "saber".

Rella "lee" a Freud, entonces, al tiempo que recorre el espacio histórico de principios del siglo XX en busca de reconocer otros dispositivos, literarios y filosóficos, capaces de dar cuenta de una racionalidad diferente. Así Benjamin, así Kafka y Proust. Esbozadores de un modelo que va desde la crisis del "sistema cognoscitivo clásico" hasta la construcción del "saber de la caducidad". Un saber que no se contenta con mostrar el fin de la razón clásica, sino que enfrenta semejante crisis mediante una nueva representación de lo real.

Al decir de Benjamin: "feliz significa poder percibirse a sí mismo sin temor". Es atravesado en espanto del desarraigo que nos dejaba fuera de la casa del lenguaje, resistiendo el hechizo del abismo, como resulta posible descubrir otras palabras, otros ordenes, "...otro sentido para lo que se presentaba en primer lugar como desorden, como la maraña inextricable de una selva que atrae con la arcana y aurática fascinación de la nada primordial." Es posible, y necesario, construir "el espejo" que refleje una realidad nueva, una nueva relación con el mundo, con las cosas, con el cuerpo, ("que fue el primero en hacer intuir la realidad que las palabras no conseguían afirmar). Para ello no han de servirnos ni el "gran silencio" ni la "gran palabra", sino un lenguaje plural y contradictorio, un lenguaje "de las cien lenguas", un esperanto capaz de cifrar lo que originalmente era expresable en el nombre. ■